

Fernando Aínsa en España: huida y retorno

Fernando Valls

Universidad Autónoma de Barcelona

Las vueltas de Fernando Aínsa se iniciaron y concluyeron en España. Nació en 1937 en Palma de Mallorca, pues allí llevó a su familia el oficio del padre, un químico industrial que trabajaba en una fábrica de perfumes. En la isla, el niño que era Fernando nunca se sintió cómodo, pues lo desdaban tachándolo de *forastero*. La relación con su país de origen se mantuvo en Montevideo, donde se instaló su padre en 1951, mientras que su madre, francesa, se quedó a vivir en Aix-en-Provence. El padre mantenía una estrecha relación con los exiliados republicanos españoles, que luego él continuó. A ello habría que añadir las deudas que contrajo con su mentor, el librero y editor de origen español Benito Milla, responsable de la editorial Alfa, donde apareció su primer estudio literario, el libro *Las trampas de Onetti* (1970). Fernando Aínsa también le debe a Benito Milla su formación intelectual, como periodista y editor.¹

Durante los años que residió en París, entre 1973 y 1999, en una nueva etapa de su existencia, trabajó en la Unesco, donde coincidiría con el español Federico Mayor Zaragoza, director del organismo, que fue quien lo nombró responsable literario de Ediciones Unesco, y quien prologó su libro *La reconstrucción de la utopía* (1999).

Pero cuando en 1999 se jubila, decide volver al origen, a la tierra de sus ancestros, a Zaragoza y Oliete, el pequeño pueblo de la provincia de Teruel donde en los últimos años aprendió a ejercer de hortelano, pues no en vano llegó a plantar alrededor de su casa, antaño el hogar de su abuela materna, unos ciento cincuenta árboles, como a él le gustaba recordar. Así, en *Aprendizajes tardíos* (2007), su primer libro de poemas, escribió:

1 A las empresas culturales de Milla le dedicó los siguientes trabajos: «Benito Milla: los puentes de la cultura», en *Del canon a la periferia: encuentros y transgresiones en la literatura uruguaya*. Montevideo: Trilce, 2002, pp. 101-103, y «La revista *Temas*: una propuesta humanista de los años sesenta», en *Monteagudo* n.º 22, Murcia, 2017, pp. 259-268.

Así recorro feliz mi nueva propiedad,
tierras de memoria familiar recuperada,
olvidada heredad replantada con esmero.

Se refiere en estos versos a un poema sin título, pero que empieza diciendo: «Regresé del Sur hace unos años...», al viaje que lo llevó del clima húmedo de Montevideo, al cierzo que suele soplar en Aragón. El escritor argentino Rudy Gerdanc, en «Puente Aínsa» recuerda que en una ocasión le comentó: «hay que fundar un pueblo donde los escritores puedan terminar sus días escribiendo en paz». ² Y Aínsa pudo seguir el consejo y cumplir ese sueño casi al pie de la letra. Sea como fuere, para nuestro autor, su única patria era la lengua, el castellano de España y el de Uruguay. En Oliete dispuso de una casa amplia, otra de esas *casas de la vida*, como la denominó Mario Praz, aunque en esta ocasión estaba situada en el campo, y no en el centro de una ciudad, como Roma, pero con una gran biblioteca especializada en la literatura hispanoamericana, a disposición de sus amigos, siempre que se acercaran por allí.

Su interés por la cultura provenía también del propio ambiente familiar, pues su padre, un hombre culto que disponía de una buena biblioteca, fundó en Montevideo un club de amigos de Mozart y mantuvo relaciones con todas las personalidades del exilio republicano español, tales como José Bergamín, los escultores Pablo Serrano ³ y Eduardo Yepes, quien estaba casado con Olimpia, la hija mayor del pintor Torres García, Benito Milla o el narrador y ensayista Álvaro Fernández Suárez, cuyos artículos sobre política internacional en el mítico semanario *Marcha* —mítica en todo el mundo hispánico, de Montevideo a México o Barcelona— fueron fundamentales para la formación intelectual de su generación. De todos ellos, el que más influyó en su vida —ya lo hemos apuntado— fue Benito Milla, un anarquista a quien Aínsa consideraba su segundo padre, partidario temprano de tender puentes entre América y Europa, quien luego de abandonar Uruguay creó en Venezuela

2 «Puente Aínsa», en Cécile Chantaine-Braillon, Norah Giraldi Dei Cas y Fatiha Idmhand (eds.). *El escritor y el intelectual entre dos mundos: lugares y figuras del desplazamiento*. Madrid: Iberoamericana / Vervuert, 2010, p. 79.

3 A José Bergamín y Pablo Serrano les dedica dos capítulos en su libro *Confluencias en la diversidad: siete ensayos sobre la inteligencia creadora uruguaya*. Montevideo: Trilce, 2011, pp. 60-68 y 69-85.

las editoriales Monte Ávila y Tiempo Nuevo. En ambas casas llegó a publicar libros Aínsa. Cuando Benito Milla regresó a España, tras la muerte del dictador, se hizo cargo en Barcelona de Laia, que durante los años setenta y ochenta era una prestigiosa editorial de izquierda que publicaba libros tanto en catalán como en castellano.

No me parece, sin embargo, que Fernando Aínsa haya sido nunca un aventurero, aun cuando su historia personal tenga algo de novelesca, quizá producto de la época y de las diversas circunstancias que le tocó vivir debido a la guerra civil española, al trabajo de su padre, al golpe de Estado en Uruguay que motivó un segundo exilio que concluyó en París, al regreso a España, y al cáncer que le descubrieron en 2004 y que lo encaminó al cultivo de la poesía.

En suma, si la guerra civil lo saca de España, la jubilación lo devuelve a Aragón, tierra de su bisabuelo, quien había hecho dinero con el azafrán, y de su abuelo, dueño de los Chocolates Aínsa. Muchos años después, creo que ya en el nuevo siglo, cuando Aínsa se había instalado en Aragón con su mujer, la chilena Mónica Correa, quien había trabajado con Neruda en París y fue concejala de Oliete entre 2007 y 2011, lo conocí en persona y empecé a saber de su obra literaria de ficción, de la que no había tenido noticia hasta entonces. A partir de ese momento, la incluí en dos antologías: *Ciempíes: los microrrelatos de «Quimera»* (Barcelona: Montesinos, 2005), hecha en colaboración con Neus Rotger, con dos poéticas: «Dualidad y contradicciones del microrrelato» y «Los diez mandamientos del escritor», y las narraciones: «Se abrió la temporada de caza», «Cambio de identidad» y «Cualquiera podría haberlo hecho». *Velas al viento: los microrrelatos de «La nave de los locos»* (Granada: Cuadernos del Vigía, 2010) incluye «La domadora de palabras» y tres «Fragmentos de *Prosas entreveradas*». Por último, en 2017 recogimos dos microrrelatos inéditos suyos («Guía de turismo de 1946» y «Dar de baja en la memoria») en la sección *Liebre por gato*, que coordinó con Gemma Pellicer, dentro del suplemento literario «Los diablos azules», del diario *infoLibre*.⁴ Aínsa siguió en actividad hasta el final, pues todavía en 2014 presidió el tribunal que juzgó la tesis doctoral del estudiante colombiano Luis Alejandro Díaz Zuluaga, *Literatura y fútbol: otros horizontes de la literatura en España e Hispanoamérica*,

4 Disponible en <<https://www.infolibre.es>>.

dirigida por mí y leída en el Departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Barcelona.

En su caso, no se trataba de un historiador de la literatura que en la madurez acabara convirtiéndose en escritor de ficciones, pues empezó a fabular muy pronto, a los 12 años, según me contó. Así, durante la España gobernada con férrea mano por Franco, colaboró en la revista *Chicos*, donde incluso llegó a ganar un concurso con un relato del oeste. Una vez instalado en Uruguay, publicaría cuentos en diversos periódicos y revistas, como *Temas* (1965-1968), dirigida por Benito Milla, reunidos en su primer libro, al que posteriormente seguirían *Las palomas de Rodrigo* (1988) y *Los naufragios de Malinow y otros relatos* (1988), reescritos y recogidos con posterioridad en *Naufragios del mar del sur* (2011).

Lo que pretendo resaltar, en suma, es que Fernando Aínsa, de forma paralela a su atípica trayectoria de investigador, pues nunca estuvo vinculado de modo permanente a la docencia, a la universidad, fue desarrollando otra como escritor de ficciones, en géneros tan distintos como la poesía —a la que como ya hemos visto no llegó pronto precisamente, pues su primer libro de lírica fue *Aprendizajes tardíos* (2007)—, el cuento, la novela y las diversas formas breves, ya fueran narrativas o no. Así, Aínsa pertenece a los llamados *niños de la guerra*, o *exiliados de la segunda generación*, junto a Tomás Segovia, Luis Rius, Ramón Xirau, Carlos Blanco Aguinaga, Angelina Muñoz-Huberman, José de la Colina y Federico Patán por solo aducir unos pocos nombres representativos, y en Uruguay, Ernesto Contreras, José Carmona Blanco y el director de teatro José Estruch.

Cuando en 1999 decidió instalarse en Aragón, podría decirse que comienza la última etapa de su vida, que duró veinte años. Fue —según él mismo— fundamental. Podría resumirse diciendo que echó raíces con facilidad, pronto ganó amigos y pudo proseguir su vocación de escritor de ficción, ensayista y crítico. Encontró, además, unas publicaciones en las que pudo colaborar: revistas como *Trébede*, *Imán*, *Crisis*, y sobre todo la turolense *Turia*, una de las mejores revistas culturales españolas de las últimas décadas, así como en diarios como el *Heraldo de Aragón*. A todo ello, que no es poco, habría que añadir su blog <<http://enlamarcha.fernandoainsa.com>> y su página web <<http://fernandoainsa.com>>.

Fernando Aínsa fue un hombre dividido entre diversos mundos: América y Europa, Latinoamérica, Uruguay y España. Pero el exilio en Uruguay fue para él más bien un *empatriamiento*. Si en América sus libros aparecieron en los mejores sellos, algo semejante ocurrió con sus publicaciones (las propias y aquellas en las que figuraba como colaborador) españolas, recogidas en prestigiosas editoriales, como Tusquets, Anaya, Taurus, Anthropos, Fundamentos, Gredos, Cátedra, Iberoamericana/ Vervuert, Visor, Castalia, Lumen, Alianza, Litoral, Renacimiento, y en los últimos años, en editoriales aragonesas, más pequeñas e independientes, como Olifante, Cálamo o Pregunta Ediciones. Pero lo importante es que sus trabajos, sean del género que sean, han circulado, se han visto, y están a disposición de los lectores. En la última editorial citada apareció su libro *Residencia y tránsito de las letras en Aragón* (2017), en el que se ocupa de la obra de numerosos autores españoles, no solo aragoneses como pudiera hacer parecer el título, como Ramón J. Sender, Ángel Guinda o Enrique Vila-Matas, por solo recordar los nombres más notables.

Tuve la fortuna de prologar uno de sus últimos libros, *Desde el otro lado: prosas concisas* (2014), tan atípico como otros muchos suyos. Se compone de materiales diversos, aunque de todos ellos nos hubiera dado muestras con anterioridad, desde el microrrelato y el cuento, a la prosa de tono aforístico, más ingenioso que lírico o sentencioso. Está formado por cuatro apartados. En el primero, el más extenso, que se presenta sin título, se recogen cuentos y microrrelatos; en los dos últimos aparecen textos misceláneos bajo la denominación de «Breves» y «Brevísimos», mientras que el apartado central se titula «Cosas de escritores», y en él nos encontramos con un decálogo —«Los diez mandamientos del escritor»— y con narraciones que guardan relación con la traducción y los escarceos amorosos entre una escritora y un crítico. Si de inmediato llama la atención la convivencia de distintos materiales, no siempre narrativos, e incluso de imágenes, también resalta el registro lingüístico, un castellano híbrido en el que convive cierto léxico americano, uruguayo y creo que chileno, con el español. Además, en algunas piezas rompe con la disposición tradicional del relato e introduce el verso libre, como ocurre en «Paisaje desde el otro lado del estrecho» o «Un espejo velado por los años». O se agrupan formando series, parejas, así sucede en los seis primeros «Presuntos aforismos», o el primero y el penúltimo de los textos recogidos bajo el marbete «De eso se trata ahora».

Unas cuantas de estas narraciones podrían ser tachadas de *moralidades*, como ocurre en «La zanja» o en «El ascensor a monedas», donde en la desgracia del otro observa en el espejo su propia ruindad. Entre los cuentos, muy breves, destacaría «Paisaje desde el otro lado del estrecho» pieza que contrapone dos tipos de miradas distintas al observar España desde la otra ladera: la del turista y la de dos jóvenes marroquíes. Relatado en segunda persona, el narrador no solo fotografía el paisaje y observa a los adolescentes que fijan su atención en la cercana orilla, vedada para ellos, sino que también acaba adoptando su punto de vista, los temores y cuitas de quienes probablemente no podrán alcanzar la tierra que atisban tan cerca.

«Troya», narrado también en segunda persona, esconde un misterio, pues lo que parecía un relato sobre el pasado remoto resulta, en realidad, una mera fabulación propiciada por el cine. «La otra guerra de siempre» puede leerse como una variante del motivo de la vida humana en tanto contienda y corriente interminable. «El pastor y la luna», pieza que figura entre mis preferidas, reescribe el mito clásico de Selene y Endimión, que Hesíodo contó en su *Teogonía*, mientras le concede un sentido contemporáneo a la historia, pues Rafael, el enamorado de la luna, uno de los últimos pastores que van quedando en Oliete, dormido al aire libre sueña que la luna lo traspasa con sus rayos.

De entre las piezas más breves, destacaría «Se abrió la temporada de caza», en la que por medio de deducciones no siempre lógicas, la expulsión del paraíso se convierte en metáfora de la injusticia; «Cualquiera podría haberlo hecho», una historia y un juego en el que todo se complica porque los nombres de los personajes son definición, y se toman al pie de la letra; pero también «Poética con espejos», que puede leerse como una declaración de principios al detenerse en tres autores fundamentales de la historia literaria: Stendhal, Kafka y Lewis Carroll (¿por qué no Valle-Inclán?), quienes utilizaron el motivo del espejo como diferentes concepciones de la literatura que el narrador ha ido compartiendo a lo largo de su existencia. «Entre líneas» es una defensa de la elipsis, del silencio, del valor de aquello que no se cuenta; por último, «Arraigo» procede de las «Conclusiones provisionales» con que cierra el libro, a la manera que lo lleva a cabo el género del ensayo, y puede valer como un autorretrato del autor: «No quiero parecerme a los árboles [...] / sino al viento [...] / a todo lo que marcha sin cesar».

El libro concluye con una pieza que no puedo dejar de comentar, la titulada «Sensación», ni siquiera alcanza una línea, en la que el narrador en primera persona, probablemente *alter ego* del autor, nos confiesa que últimamente «la muerte se empeña en sacarme los calcetines». Puede valernos como muestra del mejor Aínsa, pues no solo sintetiza la cercanía de la muerte, sino que se aleja de las versiones que conocemos de un motivo tan trillado, ya que en esta ocasión ni lleva guadaña, ni galopa sobre un caballo, ni lo abraza o besa. Hay en el libro, además, otros textos brevísimos, cercanos a lo que Stanisław Jerzy Lec denominó *pensamientos despeinados*, en los que aparece cierto humor y gusto por el juego, a veces con el lenguaje de protagonista.

Aragón ha sido una generosa tierra de acogida también de otros escritores notables, como el catalán Francisco Ferrer Lerín o el gallego Antón Castro. Aínsa, por su parte, ha seguido conservando una fuerte vinculación con Uruguay, además de sentirse cómplice de los investigadores europeos y americanos que lo reconocieron a menudo como uno de los mejores en su especialidad. En 2013, la Asociación Aragonesa de Escritores le concedió el Premio Imán, denominación que resulta un claro homenaje a la imprescindible novela de Sender, aun cuando su trayectoria cumplida de escritor transnacional tendría que haber culminado con el Premio de las Letras Aragonesas, por ser la tierra de sus antepasados y donde, al fin y a la postre, echen ustedes las cuentas, ha pasado más años de su vida este escritor nómada, de corazón trashumante.⁵ Me consta que también le habría hecho mucha ilusión obtener el Premio José Donoso, que se concede la Universidad de Talca, de cuyo jurado formó parte en las primeras convocatorias, siendo firme candidato en alguna reciente.

Sea como fuere, me parece que el conjunto de su obra de ficción está todavía por descubrir y valorar, pero tanto en América Latina, como entre los hispanistas europeos, en Aragón y en el resto de España, ha sido un respetado historiador y crítico de la literatura, y una persona muy querida.

5 Sobre el conjunto de la obra de Aínsa ver: Cécile Chantraine-Braillon, Norah Giraldi Dei Cas y Fatiha Idmhand (eds.). *El escritor y el intelectual entre dos mundos: lugares y figuras del desplazamiento*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2010.